

HIJOS DE HOMBRE, HIJOS DE DIOS

Por Rolando López Concepción
oliverad@centromed.ssp.sld.cu

*Esaú levantó sus ojos, vio a las mujeres y los niños y dijo:
— ¿Quiénes son estos?
— Son los niños que Dios ha dado a tu siervo —dijo Jacob (Gn.33.5).*

La sociedad moderna, que poco a poco ha ido deshumanizándolo todo, ha hecho también de la planificación de los hijos una tarea suya. La época de nuestros abuelos, cuando buenamente las madres daban a luz todos los hijos que Dios se complacía en regalarles, ha quedado definitivamente atrás. Ya hoy, Dios, en su infinita bondad, le ha permitido al hombre descubrir métodos que le permiten hacer una adecuada planificación familiar e incluso, ejerciendo su libre albedrío, cometer la abominación del aborto, desconociendo así, que Cristo es el “Autor de la vida” (Hch. 3:15) y que ya Dios es Dios del feto, pues, como se dice en los salmos: “Sobre ti fui echado desde antes de nacer; desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios” (Sal. 22:9–10); y “Tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre.... no fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos” (Sal. 139:13–15). También el profeta Jeremías trató el tema cuando dijo “Antes que te formasen en el vientre te conocí” (Jer. 1:5).

Sin embargo, todavía y por siempre, los hijos siguen siendo dones que Dios nos da:
*“Herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre.
Como saetas en manos del valiente, así son los hijos tenidos en la juventud.
Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos!
No será avergonzado cuando hable con los enemigos en la puerta”.* [Sal. 127.3-5] ¹

Por tanto, bendición somos y para bendición nacimos; sin embargo, como hijos de hombre, cargamos sobre nosotros la mancha del pecado original [Gn.3.1-23]; y ya al nacer, somos deudores ante Dios; mas no para siempre, pues en su infinita misericordia, él nos ha dado promesa de salvación a través de Cristo Jesús, su Hijo amado. [Ro.3.10-12]

Hijos de hombre somos, ciertamente, en oposición a los hijos de Dios —criaturas nacidas del Altísimo, tales como los ángeles, o renacidas por la fe y adoptadas por él, a través del Espíritu Santo—; y en nosotros están presentes, desde el propio seno de nuestra madre, todas las debilidades de nuestra naturaleza, ya el apóstol Pablo, en su Carta a los Romanos, nos dice:

*“Porque yo sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita nada bueno; porque el querer está presente en mí, pero el hacer el bien, no. Pues no hago el bien que deseo, sino el mal que no quiero, eso practico.
Y si lo que no quiero hacer, eso hago, ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habla en mí.(...)”*

¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias a Dios por Jesucristo, Señor nuestro. Así que yo mismo, por un lado, con la mente sirvo a la ley de Dios, pero por el otro, con la carne, a la ley del pecado”. [Ro.7.18–25]

Analizando este pasaje, descubrimos que esta contradicción, entre lo que queremos y lo que realmente hacemos, es común a todos los seres humanos y que por tanto, teniendo en cuenta que el pecado es muerte, todas las personas

¹Todas las citas de la Biblia pertenecen a la edición: *Reina Valera Revisada (1995) Bible Text*. 1998 (Sal 127.3-5). Miami: Sociedades Bíblicas Unidas.

somos reos de la muerte, ya que, como dice la Escritura: “No hay hombre que tenga potestad sobre el aliento de vida para poder conservarlo, ni potestad sobre el día de la muerte”. [Ecl.8.8]

Hijos del hombre somos. Desde esta perspectiva, todos los seres carnales, pecadores e irredentos, que un día abandonamos el útero de nuestra madre somos perdidos. En el Antiguo Testamento, sin embargo, esta es una expresión que se usaba para enfatizar la debilidad del ser humano frente a la grandeza de Dios (“¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” [Sal. 8:4]). Así llama Dios al profeta Ezequiel unas noventa y dos veces. Este título aparece en el libro de Daniel, que habla de “un hijo de hombre” que venía “con las nubes del cielo” al cual “le fue dado dominio, gloria y reino” (Dn. 7:13–14). Posteriormente, en el libro pseudoepigráfico de Enoc² aparece un “hijo del hombre” que es presentado con muchos detalles como el Mesías (En. 46 al 48).³

Y el Mesías llegó en la persona de Jesús. Su nacimiento, ocurrido en Belén de Judea en tiempos de Herodes, marca el momento en que viene al mundo un ser humano perfecto, libre de pecado, que nos llega por el milagro de la encarnación, por obra y gracia del Espíritu Santo, razón por la cual llegó a ser llamado Hijo del Dios Altísimo, tal como lo demuestra el hecho de que en el día del bautismo del Señor Jesús, Dios dijo abiertamente que él era su “Hijo amado” en el cual tenía su contentamiento, lo cual ratificó en el monte de la transfiguración (Mt. 17:5). Cristo es “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre”, el único que puede dar a conocer a Dios (Jn. 1:18). Bendición para María, joven virgen del linaje de David, fue la llegada de este hijo, cuya anunciación le hiciera Dios por mediación del ángel Gabriel: “¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres” [Lc. 1.28].⁴

A los treinta y tres años cuando Jesús comenzó su ministerio, el título de Hijo del Hombre, se entendía como perteneciente al Mesías. Con él se apunta hacia el hecho de que él personifica la nueva humanidad. Él es el “postrer Adán” (1 Co. 15:45).

Pocas veces, el Señor Jesús se refirió a sí mismo como Hijo de Dios [Juan 10.36], sin embargo, se aplicó el apelativo de Hijo del Hombre unas ochenta veces. En algunas ocasiones queriendo decir: “Yo”. En muchas otras utilizaba la expresión en relación con sus acciones (“El Hijo del hombre no tiene dónde recostar su cabeza” [Mt. 8:20]; “Vino el Hijo del hombre, que come y bebe...” [Lc. 7:34]), así como para referirse a los sufrimientos que padecería (“el Hijo del hombre será entregado en manos de hombres” [Lc. 9:44]), o para hablar sobre la gloria que tendría en su regreso a la tierra (“Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo... y verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” [Mt. 24:30]).⁵

Con la muerte de Jesús en la cruz, como hombre libre de pecado, que se ofrece a sí mismo como fuente de paz, vida, perdón y salvación [Mt. 11:28; Jn. 5:40; 7:37; 14:6, etc.], cobra Dios en justicia por el pecado de todos los hombres, porque: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” [Jn. 3.16-18]

El alcance inclusivo de la salvación se pone de manifiesto en tres tiempos⁶:

1. Al momento de creer uno fue salvo de la condenación del pecado
 - “...porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”. [Efesios 2:8]

² Se conocen hoy día tres libros apócrifos con ese nombre: a) el Libro etiópico de **Enoc**; b) el Libro de los secretos de **Enoc**; y c) el Libro hebreo de **Enoc**. Lockward, A. (2003). *Nuevo diccionario de la Biblia*. (348). Miami: Editorial Unilit

³ Obra citada (486)

⁴ Reina Valera Revisada (1995) *Bible Text*. 1998 (Lc 1.28). Miami: Sociedades Bíblicas Unidas.

⁵ Lockward, A. (2003). *Nuevo diccionario de la Biblia*. (486). Miami: Editorial Unilit.

⁶ Ryrie, C. C. (2003). *Teología básica* (314). Miami: Editorial Unilit.

- *“...nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” [Tito 3:5].*
2. Ese creyente también está siendo salvado del dominio del pecado y santificado y preservado
“... puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. [He. 7:25-27].
 3. Y será salvado de la misma presencia del pecado para siempre en el cielo
“...Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira, porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida [Ro. 5:8-10].

Grata noticia para todos, es el hecho cierto de que después de tanto tiempo, y bajo las condiciones estresantes del mundo moderno, atiborrado de tecnología y de contaminación, el mismo Dios que llamó a Abraham, mantiene su promesa y nos brinda su salvación, a través de la persona de Cristo Jesús, Nuestro Señor. *“Conoce, pues, que Jehová, tu Dios, es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta por mil generaciones”. [Dt. 7.9]*

Usado con permiso

Este escrito es una contribución del grupo de autores evangélicos cubanos denominado “Pluma Evangélica”. Tiene su sede en Jatibonico, Sancti Spiritus, Cuba.

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.